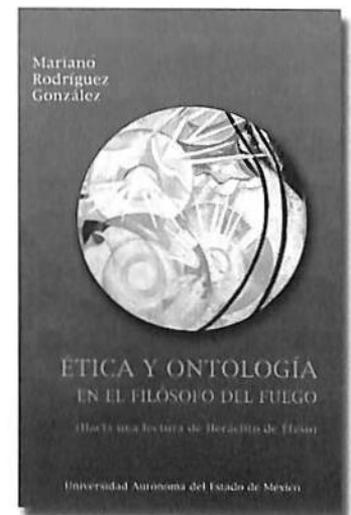


Ética y ontología en el filósofo del fuego o cómo filosofar desde las sombras

Dice Aristóteles que los hombres comenzaron a filosofar cuando se sintieron maravillados ante algo. Fue su extrañeza o perplejidad el móvil de sus reflexiones postreras. El mismo autor sostiene que el pasmo que sintieron aquellos hombres lo experimentaron al reconocer que sabían muy poco o, para decirlo como es, que ignoraban mucho. Se comenzó a filosofar entonces para huir de la ignorancia y, hasta nuestros días, quienes por ventura o desgracia nos dedicamos a esa labor, nos afanamos en hallar una verdad que, todavía y mal que nos pese, gusta de esconderse y ser perseguida.

Fue el Estagirita quien señaló que podría haber ciencias más útiles y necesarias que la filosofía pero ninguna mejor ni tan importante como ésta pues, dentro de las ciencias, la filosofía es la “más digna de estima”. En su *Metafísica* nos dio cuenta de los primeros filósofos, llamados “físicos” por abocarse al estudio de un elemento natural del que habría de provenir todo cuanto existe. Así, relató brevemente las respuestas que los también llamados “filósofos presocráticos” dieron a la pregunta que alude el origen. Pasó por Tales, Anaximandro y Anaxímenes de Mileto, Diógenes, Empédocles, Anaxágoras, Parménides, Leucipo y Demócrito, pero cuando tuvo que referirse a Heráclito de Éfeso, sólo atinó a decir que ese pensador atribuía el origen del cosmos al *fuego*. Desde entonces se le ha dado poco espacio y



Ética y ontología en el filósofo del fuego (Hacia una lectura de Heráclito de Éfeso), Mariano Rodríguez González, Toluca, UAEM, 2003, 118 pp.

menos importancia a Heráclito; filósofo al que, no obstante hablar del fuego, del brillo, de la luminosidad y del resplandor de la verdad, la historia de la filosofía y sus cómplices, lo han tachado de "oscuro". Sin embargo, me atrevo a pensar que la llamada oscuridad del pensamiento heracliteano se derivó más de un exceso de luz que de una carencia de la misma. El propio Platón nos señaló en el mito de la caverna que también la luz en exceso ciega. Visto de esta forma, Heráclito fue llamado oscuro porque se atrevió a filosofar desde las sombras, es decir, se dio a la tarea de pensar desde su propia realidad pero no se redujo a ella sino que *logró traspasarla; convirtiéndose, entonces, en uno de los iniciadores de la metafísica junto con Parménides.*

Han sido los fulgores de un pensamiento en extremo lúcido los que nos han cegado y, al hacerlo, nos han impedido ver la claridad con la que se manifiesta una naturaleza que nos habla. Tendremos, para leer a Heráclito, que acostumbrarnos a la luz porque *no es fácil librar nuestros ojos del ofuscamiento producido por las tinieblas.*

Paradójico resulta llamar oscuro al filósofo de la luz. Sobre todo si se toma en cuenta que fue él quien habló de una naturaleza contradictoria de la realidad; situación que, dicho sea de paso, no era nueva, porque ya Anaximandro lo había hecho pero, a diferencia de éste, quien sostenía que un aspecto vive gracias a la muerte de otro y que esta muerte constituye en sí misma una injusticia, Heráclito expresa que dicha contradicción es inherente a la realidad y refleja su verdadera esencia. En este sentido, más que una injusticia, el predominio de un elemento sobre otro genera armonía.

Ética y ontología en el filósofo del fuego es un texto en el que Mariano Rodríguez González nos recuerda que la presencia de Heráclito ha sido fundamental para la evo-

lución del pensamiento filosófico. Cabría afirmar, incluso, que ni Hegel ni Marx hubiesen sido tan claros de no haber abrevado de una filosofía considerada carente de luz. Y es que Heráclito nos reitera que el conocimiento verdadero no se profesa sino que se *aprehende*, dicho este término en el sentido de tomar o aferrarse al sentido. Visto de esta forma, no es necesario que alguien enseñe el saber auténtico porque él mismo se manifiesta en la realidad al tiempo que se esconde, y sólo le exige al hombre el arrojo de tomarlo para sí y la voluntad de ofrecerlo a su comunidad; es decir, implica por un lado un llamado, una vocación para comprender la realidad suprema; y por otro, una disposición por compartir esta comprensión, una actitud de servicio que, según asegura nuestro autor, es inherente al filósofo.

Mariano Rodríguez sostiene que Heráclito nos lleva a la verdad a partir de los indicios. Vamos tras las huellas de un conocimiento que sólo deja rastros pero que tiene muchos rostros. Al observar la realidad y ver en ella *elementos contrarios: dios-hombre, día-noche, invierno-verano, frío-calor, seco-húmedo, duro-blando, etcétera*, suponemos incluso que la muerte es el término de la vida y que ésta es más valiosa que aquella. Sin embargo, decía Nietzsche, vivimos en un mundo aficionado a las distinciones; y es precisamente esta afición la que nos impide ver cómo la realidad es *una y múltiple, convergente y divergente*, según enseñó Heráclito.

Esta es la verdad que nos invita el filósofo de Éfeso a encontrar: los opuestos que vemos luchan entre sí pero no para destruirse sino para generar armonía. Si así pensamos, ¿será entonces la muerte tan valiosa como la vida? ¿Tendría acaso sentido la segunda sin la primera? ¿Cómo podría disfrutar el hombre de sus días si no sospechase que pueden ser los últimos?

con él. Visto así, el hombre no es, en el estricto sentido del término, sino que *está siendo*. En este "estar siendo" radica la trágica situación humana que no entendemos del todo porque, de hacerlo, comprenderíamos que la vida y la muerte que llevamos en nuestro ser obedecen a las normas que dicta la *necesidad*, es decir, el *logos*, la razón o dios. Gracias a esta necesidad el cosmos alcanza armonía y sentido.

"Todo se origina en la discordia", afirma Heráclito. Esto quiere decir que sin la pugna entre los opuestos no habría movimiento y sin movimiento no habría vida. Es la *guerra amistosa* entre los contrarios la que hace posible una reconciliación necesaria y una vida justa. Digo "guerra amistosa" para enfatizar que el filósofo del fuego sostiene que todo nace de la lucha y que esta lucha produce todo flujo. Lo hago, también, para decir que a diferencia de sus antecesores que buscaban la permanencia y la estabilidad, Heráclito no sólo rechazó la posibilidad de un mundo estático e inmóvil, sino que se afianzó a la idea de que si algo vive, vive gracias a la muerte de otras cosas. Será Mariano Rodríguez quien dirá que en Heráclito no todo es fluir sino que hay algo que permanece: la constancia del cambio y su naturaleza ordenada y precisa.

Quizá a partir de esta idea podemos afirmar que Heráclito y Parménides no estaban tan lejos el uno del otro. Ambos rechazan los sentidos como vía para acceder al conocimiento; reiteran la naturaleza engañosa de los mismos y se refieren a un conocimiento al que sólo se puede llegar por la razón, por el *logos*. El *logos*, puntualiza Rodríguez González, significó originalmente *reunir* cosas dispersas. Posteriormente el término fue utilizado como *decir o dar cuenta*. Ambos pensadores, desde diferentes posturas, dan cuenta de una realidad que se muestra pero cuya natura-

leza nos impide penetrar en sus designios a través de lo que aparenta. A ella habremos de llegar por el pensamiento porque, como afirma el filósofo de Elea, autor de *El poema sobre la naturaleza*, "sólo el pensamiento es superior".

Esta es una lectura que podemos dejarle pendiente a nuestro autor para que la desarrolle posteriormente. Ahora, aplaudimos el hecho de que nos acerque a ese pensador, para quien la filosofía no sólo requiere vocación sino, sobretodo, temperamento. La primera, la hará seguramente porque está convencido, como el pensador estudiado por él, que se aprende a filosofar viviendo y, a vivir, filosofando; respecto a lo segundo, le agradecemos la ocasión de recordarnos que la filosofía es asunto de los hombres y no de los dioses y, por ende, necesitamos filosofar para poder vivir y para dar sentido a la vida que tenemos. Simultáneamente, porque su texto nos exhorta a aprender a vivir la vida nuestra para que a partir de ella, y en ella, encontremos los pretextos para nuestro reflexionar.

Para Heráclito, nos recuerda el autor, todos formamos parte de un fuego que nos hace arder y nos consume. Comprender esto no sólo deja de lado el carácter trágico de nuestro destino sino que nos hace menos infelices, haciendo de nuestra vida, como bien sostiene nuestro autor, una "tragedia alegre".

Ética y ontología en el filósofo del fuego es un texto que viene a profundizar en el pensamiento de un filósofo que en los cursos formales de filosofía sólo se ve de paso y, en algunas ocasiones, se le mira incluso de reojo. Lo recomiendo no sólo porque sé de la importancia del mismo y del esfuerzo de su autor, sino porque, en lo personal, me invitó a buscar la luz desde la penumbra, llevándome entonces a filosofar desde las sombras. LC

Mariano Rodríguez afirma que por tal forma de pensar Heráclito es "cautivador e interesante", ya que su pensamiento y su manera de expresarlo no sólo nos comparten sus razones sino que nos dan ocasión de razonar por cuenta propia. Sólo el hombre, dice el autor, único ente capaz de pensar el ser que lo conforma y lo trasciende, posee también la capacidad de darse sentido en su morada cósmica y compartir ese sentido con los otros. Aquí radica el aspecto ontológico y ético de los planteamientos heracliteanos. Sólo el ser humano posee la facultad de pensar y de pensarse; pero no todo pensamiento es profundo. Muchos de ellos, al estudiar la realidad, quedan en la superficie y son, por tanto, superficiales. Sólo "aquel [pensamiento] que reconoce la unidad del mundo en sus oposiciones; y la totalidad de sus contradicciones" es profundo y sólido. Los demás, dirá Heráclito, al ser opiniones humanas, "son juegos de niños".

Según nuestro autor, el efestio concibe la naturaleza como conflicto y tensión. Conflicto, porque sin la eterna lucha o *pólemos* que gobierna y reina entre los contrarios, la naturaleza simplemente no existiría. Tensión, porque es esta situación la que vincula el desgarrar con la unidad, la que explica el por qué el mundo cambia medidamente por un *logos* y la que soporta la idea heracliteana de que el eterno fluir no es azaroso o caótico sino, esencialmente, ordenando y fundante.

No debemos tachar a Heráclito como el filósofo para el cual todo cambia y nada permanece, como el pensador "que convierte a todo en puro fluir (*panta rei*) arrojando al hombre a un torbellino de transformaciones en que el pensamiento no puede asirse a nada seguro y firme". Entenderlo así equivaldría a decir que Heráclito es promotor del escepticismo y del nihilismo. Más bien debemos verlo como el precursor de una filosofía que hace énfasis en nuestra "fisura ontológica".

Para entender esto último habremos de valernos incluso de una analogía que, aunque pudiera parecer desafortunada, nos permitirá comprender mejor lo que sostiene Mariano Rodríguez. Analicemos por tanto la naturaleza de una cicatriz. Ella misma manifiesta, por sí sola, la unión de partes divididas. Es la evidencia de una restauración pero también es el indicio que deja entrever una ruptura original. La cicatriz es el rastro que arrastra a la vez la tragedia de una alteración y la felicidad de un acomodo. A través de ella recordamos la fisura, la separación de que fue objeto nuestra carne, pero también comprendemos nuestra regeneración. La cicatriz es la impresión, la marca que nos ha dejado como recuerdo un corte. Ahora bien, si llevamos esta idea a la visión heracliteana, debemos comprender entonces que la naturaleza contradictoria de la realidad –en la que hallamos todos los opuestos– se rige por una guerra esencial que busca no el aniquilamiento sino la concordancia y, con ella, la justicia.

Así como la cicatriz evidencia la recomposición de un corte, así los contrarios se fusionan para dar movimiento, y por tanto, para dar vida a una existencia que no cesa. Es la unidad de la multiplicidad o la multiplicidad en la unidad. En este sentido, "el concepto de *guerra* [utilizado por Heráclito] es estrictamente filosófico, ontológico y como tal debe entenderse: la *guerra* es la tensión original y fundamentadora del proceso dinámico de la naturaleza de todas las cosas, del ser mismo".

Mariano Rodríguez nos regala en este texto una lectura del pensamiento heracliteano. En él subraya que cuando éste habla de la naturaleza cambiante de las cosas, lo hace no sólo para advertirnos del *devenir* incesante del cosmos, sino para reiterar que dicho devenir nos incluye. Al transformarse el universo nos transformamos